

mo decía al levita Lorenzo el anciano Pontífice: *majora tibi debentur pro Christi fide certamina*. Después de otros muchos interrogatorios y tormentos se le lleva á la ciudad de Siang-Yang-Fou, haciéndole recorrer una distancia de ciento cuarenta leguas atado al fondo de una barca, y sin probar bocado, ni gustar una gota de agua en tan largo trayecto.

¿Para qué cansaros, Señores, con la narración de los nuevos interrogatorios que aquí sufre? Los mismos denuestos, las mismas preguntas capciosas, los mismos atentados se observan en cada uno de parte de los perseguidores. La misma entereza, la misma fortaleza, la misma constancia se admira en el mártir. No puedo menos, sin embargo, que llevaros al Tribunal fiscal donde comparece en última instancia, por más que me cueste acompañaros á tan torpe lugar.

Miradlo, ya de rodillas sobre ásperas cadenas, ya abofeteado con correas, ya suspendido de una viga por las extremidades de los pulgares. ¡Y estos tormentos son llevaderos comparados con los que aguardan á su alma purísima!

El mandarín que lo juzga es uno de esos tipos repugnantes que por desgracia abundan en los países no del todo civilizados. Monstruos de vicios y sentina de corrupción, la vista de la virtud los irrita, y los devora de continuo una envidia satánica. Con su ejemplo, con sus mañas, con sus amenazas, procuran hacer bajar á todos hasta el nivel de su infamia; y cuando no logran sus inicuos fines, cuando contemplan á un hombre virtuoso y que hace profesión de virtud, su rabia no conoce límites. Ó no creen, ó afectan no creer en la existencia ó aun en

la posibilidad de esa virtud, y se imaginan sacudir el lodo con que han cubierto sus inmerecidas veneras, recogiendo más fango para arrojarlo al rostro del inocente, y sobre todo del ministro de Dios, bajo la forma de infames calumnias.

De este jaez es el mandarín á cuya presencia han conducido á Juan Gabriel Perboyre. Aprovechándose de la calumnia, ya por otro juez inventada á propósito de la virgen cristiana de que hemos hablado, insiste en acusar al siervo de Dios de haber tenido con ella infame comercio. En vano se les interroga separadamente, y se les da tormento para arrancar de uno ú otro una confesión que los condene. En vano se les halaga y acaricia. Inocentes son é inocentes se confiesan y declaran; pero nada basta á la tenacidad del mandarín.

Jesucristo, como bien sabéis, jamás entre las muchas calumnias que contra él lanzaron los Escribas y los Fariseos, permitió que siquiera se pusiese en duda su inmaculada pureza. No es igual su providencia con respecto á sus escogidos. Por el contrario, se complace en sujetarlos á duras pruebas á este respecto, y permite á menudo que se les cubra de ignominia para que resalte más en ellos su virtud favorita. Tal sucede ahora con el ínclito misionero; se lleva la calumnia hasta el último extremo; no bastan interrogatorios y testimonios; pruebas y más pruebas quiere el tirano, y al fin, aunque con tal afrenta del santo, que casi le causa la muerte, tienen que reconocer los paganos que aquél para quien están forjando ellos mismos la corona del mártir ciñe sus maltratadas sienes con la corona no menos valiosa del virgen.

Después de un mes, ya de tormentos, ya de treguas

que se le concede, no por piedad, sino para que la muerte no venga á libertarlo, se le envía á la capital de la provincia, donde debe languidecer varios meses en inmundada mazmorra, que no llevaréis á mal os describa. Sin aire ni luz, y en un espacio reducido, están encerrados juntamente con los cristianos, los peores criminales de aquellas regiones. Quizá, Señores, no faltará entre los presentes alguno que haya padecido en nuestra patria semejante tormento; pero habrá observado que aquí aun los más viles delincuentes conservan cierto respeto hacia los que ven injustamente condenados. Por bajo que caiga un cristiano, nunca llega á la degradación de un gentil, y oculta sus vicios á los que no considera sus iguales.

No así los criminales encerrados con el santo misionero. Son paganos, son delincuentes, han perdido toda vergüenza, y pertenecen á esa raza de cuya repugnante inmoralidad pueden daros razón los habitantes de Cuba, del Perú y de alguna región de los Estados Unidos, que á su costa han experimentado cuán caro sale el poblar un territorio con tales hombres. Ni en palabras, ni en obras se recatan esos desvergonzados en presencia del santo misionero, que tiene que soportar su compañía casi un año. De noche se les ata á cruel cepo, que atormenta de tal suerte los piés del magullado confesor, que mueve á compasión á su carcelero; pero apenas ven los criminales con él encerrados que se le exime de este tormento, prorrumpan en tales murmuraciones y quejas, que lo obligan á sujetar de nuevo á tan atroz tortura al inocente sacerdote. Sólo para llevarlos ante el juez se permite salir á aquellos desdichados de tan inmundo mu-

ladar, cuyos miasmas deletéreos acarrearán mil enfermedades y hacen germinar miríadas de venenosos insectos.

Frecuentes ¡ay! son estas salidas para el esforzado sacerdote; pero lejos de volver alentado con el aire libre que le ha sido dado respirar, torna cada vez más decaído con los tormentos, y á veces tiene que ser llevado en peso por sus verdugos. Hay días que recibe uno tras otro doscientos azotes. Llega á veces con el rostro desfigurado y sangriento con los golpes que en él ha recibido con la acostumbrada correa. Alguna ocasión ha permanecido nueve horas arrodillado sobre cadenas y tiestos, y sosteniendo con los brazos extendidos enorme madero. Otras lo han tenido en elevado asiento, con pesadas piedras colgadas de los piés. Otras se le ha atormentado con el caballete. Otras, en fin (¡horrible tormento para el Apóstol!) se ha inducido á algunos cristianos á que compren su libertad, convirtiéndose en verdugos de su pastor, y cubriéndolo de oprobios y golpes.

No le ha faltado, para asemejarse á su Divino Maestro, ni el ser expuesto al escarnio de la plebe. Se le ha revestido con los ornamentos sacerdotales, y la canalla, haciendo mofa de él, se arrodilla en su presencia y exclama: *he aquí al dios F6.*

Veinte nuevos interrogatorios tiene que pasar antes de que se pronuncie la sentencia definitiva, y en ellos se repiten las mismas escenas, cambiando sólo los tormentos. El mismo afán por hacerle delatar á los cristianos y señalar el lugar de sus escondites, y el mismo silencio de parte del prisionero. El mismo empeño por hacerle renegar de la fe, ú hollar siquiera la Cruz en señal de apostasía, y la misma entereza, la misma resistencia de

parte del Apóstol, y nuevos actos de reverencia al Símbolo de nuestra Redención, tanto más vehementes cuanto más indignos son los insultos de los paganos. En fin, él propio firma su sentencia de muerte, trazando en ella la señal de la Cruz, y otro tanto hacen sus compañeros de cautiverio que han permanecido fieles á la fe; y sólo falta para consumir el martirio tan bien merecido, que el Emperador confirme dicha sentencia.

Vuelve á aguardar que llegue la respuesta imperial, á la cárcel que ya conocemos, y ¡en qué estado, Dios mío! Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no hay en él lugar sano. Su rostro está hinchado de tal suerte, que ha perdido su forma y le da el aspecto de monstruo. La carne cae á pedazos ó cuelga en asquerosas garras: su cuerpo todo no es más que una llaga emponzoñada.

Pero en los ocho meses que tarda en ser confirmada la sentencia, recobra la salud y las fuerzas más bien por la protección especial del cielo, que por las insignificantes curaciones que pueden hacerse. Consigue ver á un sacerdote chino, que le da la absolución sacramental: sólo ¡ay! el Pan de los ángeles no puede penetrar en la mazmorra.

Llega, en fin, el 11 de Septiembre de 1840. Entre mos, entremos á la prisión con el mensajero que trae la ratificación de la sentencia deseada por los perseguidores y más aún por el siervo de Dios. Miradlo, majestuoso como un rey en aquella mazmorra. Ni señales quedan de sus heridas, y apenas se descubre en el rostro la marca infamante que no ha mucho con hierro candente imprimieron. Ágil y esbelto corre al lugar del

suplicio sin que sus verdugos tengan que aguijonearlo en la rápida carrera á que es costumbre sujetar á los delincuentes en el Celeste Imperio. ¿Es este, por ventura, el endeble misionero que emprendía con dificultad sus marchas apostólicas á guisa (son sus propias expresiones) de un mal rocín que es preciso ya tirar, ya empujar, ya ayudar á levantarse del suelo? Cuántas veces también al oír la corrección y franqueza con que responde en idioma chino á sus inicuos jueces, ha habido ocasión de preguntarse: ¿es este el extranjero de torpe lengua, que pasaba los días y las noches en continuo estudio, sin poder aprender ni las frases más rudimentales? Efectos todos de la gracia obtenidos por medio de la oración, que en tantos padecimientos ha sido su consuelo, su alimento, su bálsamo.

Es viernes, un viernes que bien pudiéramos llamar *santo*, á semejanza de aquél en que murió nuestro Redentor. Una cruz se eleva en el lugar ordinario de las ejecuciones, y á ella llega á paso acelerado, y en medio de cinco criminales, el santo misionero. Va con los piés desnudos, y sus manos atadas por detrás sostienen una especie de bandera en que está escrita su sentencia de muerte. Mientras decapitan á sus compañeros de suplicio, él se arrodilla y ora, su rostro está radiante como el del diácono Esteban, y como él parece que ve los cielos abiertos y descubre á Jesús á la diestra del Padre, llamándolo y abriendo los brazos para recibirlo.

Lo atan al madero, y le echan al cuello el lazo que ha de darle la muerte; y el verdugo, para hacerle gustar sus amarguras, va poco á poco estrechando el nudo hasta que por fin lo estrangula. Como aún parece que conser-

va algunos restos de vida, un soldado que nos hace recordar al que abrió el costado del Salvador, le asesta con el pie rudo golpe, que hace volar por fin al cielo aquella alma bendita.

Señores: alabad á Jesús que se dignó imprimir su imagen en el Bienaventurado Juan Gabriel Perboyre. Ved que desde un principio lo predestinó, y que si le concedió la gracia del martirio, fué después de haberlo merecido con una vida santísima. Notad, sobre todo, que la lucha de este generoso atleta se ha verificado en nuestros días, y que no podemos alegar, para no imitar sus virtudes, ni lo crítico de los tiempos, ni la degeneración tan decantada de nuestra humana naturaleza. Ved que no son prematuros los altos honores decretados por la Santa Sede al insigne mártir cuya intercesión ha alcanzado en favor de muchos de sus devotos, manifiestos prodigios. Pidamos al cielo que, multiplicándose estos portentos, no tarde el infalible Vicario de Jesucristo en condecorarlo con el título de santo, y que á las fiestas que con motivo de su solemne apoteosis se celebren en nuestra México, puedan asistir no sólo unos cuantos hermanos del glorificado misionero, sino numerosos miembros de ambas familias de San Vicente. Así sea.



## SERMÓN

PREDICADO EN EL SANTUARIO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS ÁNGELES  
DE MÉXICO, EL 2 DE AGOSTO DE 1890, EN LA SOLEMNE FUNCIÓN  
CON QUE SE INAUGURÓ EL TEMPLO DESPUÉS  
DE SU RESTAURACIÓN.